

manidad, y señala un estado de cultura por la cual pasaron viejas sociedades en épocas muy diferentes.

Muchos de los antiguos pueblos formaron, en efecto, sus



El rey de los menhires de Lock-Maria-Ker (1)

primeros altares y los más antiguos monumentos de su piedad para con los dioses ó de su gratitud para con los hom-

bres, de la manera más sencilla, sólo con montones de tierra ó de piedras sin labrar, como se las ofrecía la misma naturaleza. Cuanto más pesada era la piedra y mayor por consiguiente el esfuerzo, tanto más les parecía que la divinidad debía quedar satisfecha. De las hileras monstruosas del Karnac á las magnificencias del Partenón es grande la diferencia, pero el pensamiento es el mismo; sino que los galos no encerraban la divinidad en estrechos muros, dándoles templos cuya bóveda era todo el cielo. A creer las tradiciones de los bardos galos «las piedras del equilibrio,» como llamaban ellos á las piedras móviles (*branlantes*) eran la imagen de la divinidad misma, que libre en su voluntad, no se inclina á impulso de ninguna pasión más á un lado que á otro. La idea es demasiado filosófica para haber pertenecido á un tiempo en que, al contrario, se concebían los dioses como seres apasionados y violentos.

El respeto á las piedras druídicas resistió á las reiteradas prohibiciones de los concilios «de orar ó encender antorchas delante de las piedras,» y no se ha borrado en todas partes aun; aun les atribuyen los bretones virtudes sobrenaturales. En Normandía se habla en las veladas de invierno ó se hablaba en otro tiempo de las piedras giratorias (*tourneresses*) que al promediar la noche buena giran sobre sí mismas.

Ciertos usos y costumbres que hay en otras partes se refieren también á esto. No hace mucho tiempo que las mujeres de Croisic dejaron de ir á bailar alrededor del enorme menhir, y otras arañaban las piedras druídicas en la creencia de que el polvo que se desprendía de ellas las hacía fecundas. En Guerande la doncella que deseaba casarse iba á depositar en las hendiduras del dolmen copos de lana ligados con oropeles, y en Colombiers, subía á la piedra, dejaba allí una moneda y saltaba luego abajo. Estos monumentos que probablemente habían presenciado terribles escenas, no oían ya más que votos de amor de las doncellas.

CAPÍTULO LIV

GUERRA DE LAS GALIAS

I. — LA GALIA EN TIEMPO DE CÉSAR

A mediados del siglo que precede á la era cristiana habían cambiado muchas de las antiguas cosas que hemos mostrado en la vieja Galia. Los jefes de las tribus y los nobles habían roto el yugo de la clase sacerdotal, y el instituto druídico, en decadencia, no desempeñará en la guerra de la libertad el papel de un sacerdocio nacional: un druida, Divitiac, será hasta el guía y amigo de César. A su vez la aristocracia había encontrado dos enemigos poderosos. Algunos de los suyos, los más hábiles y bravos, habían reunido muchas tribus y proclamádose reyes. En otros puntos los habitantes de las ciudades se habían sublevado, y los druidas unidos á los insurgentes contra los nobles que los desposeyeran, habían intentado abolir el gobierno aristocrático ó real y reemplazarlo con una forma democrática, más ó menos mezclada de elementos antiguos. En un cantón, los notables, *principes*, y los sacerdotes constituídos en senado nombraban el *vergobret*, juez anual, que pronunciaba sobre la vida y la muerte, y caudillo de guerra, en caso

(1) Restitución, según el Museo de San Germán.

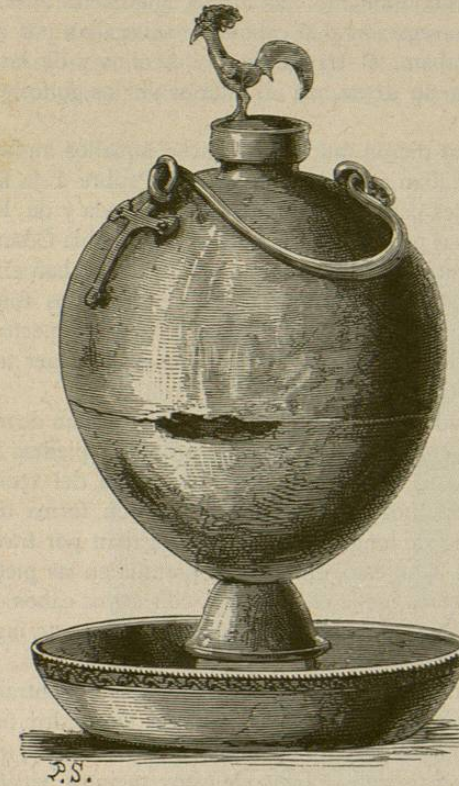
de necesidad; en otro, el pueblo solo había instituído un senado ó magistrados, y á veces un rey que gobernaba bajo la dependencia de la asamblea pública (2). Refiere César que después de su victoria sobre los helvecios, los jefes de casi todas las ciudades, *principes civitatum*, fueron á pedirle autorización para reunir el consejo de la Galia. Ya hemos dicho lo que conviene juzgar sobre estas asambleas generales.

Así, mientras Roma abrumaba á las colonias gálicas de Italia y del Asia Menor, la Galia Mayor se desgarraba con sus propias manos, en vez de organizarse y unirse. Ningún principio de gobierno había prevalecido, ni la monarquía, ni la aristocracia, ni la teocracia. Por eso la Galia había quedado abierta á los invasores: por el Norte á los belgas y germanos; por el Sur á las legiones romanas.

Sin embargo, en medio de este caos se habían formado algunos Estados poderosos; pueblos, que más numerosos que sus vecinos los habían sometido á su dependencia. Como los hombres libres se ponían bajo la clientela de los

(2) Cada tribu de los galatas, en el Asia Menor, tenía también un jefe y un senado de 300 miembros. (Estrab. XII, 5, 1).

grandes, las pequeñas tribus, de grado ó por fuerza, se habían hecho clientes de tribus más poderosas, sin renunciar á su libertad interior, y de aquí resultaron grandes confederaciones que dominaban en vastas comarcas del territorio gálico. A creer á Estrabón, los arvernos ó auvernienses habían extendido su poder feudal sobre toda la Galia; dominación que ha de reducirse á proporciones más modestas. Aquellos pueblos no conocían bien el régimen municipal



Vaso de bronce coronado con un gallo. (Museo de San Germán).

que hizo la grandeza de los greco-italianos y la civilización del mundo: la forma social que dominaba entre ellos era la del *clan* y de la tribu. Sin embargo, las confederaciones de que acabamos de hablar eran el primer ensayo de organización general. Extendiéndose y ligándose entre sí, hubieran podido dar la paz á los países y asegurar su independencia; mas por desgracia, el sentimiento del peligro común se reveló demasiado tarde y no se unió toda la Galia sino para caer bajo la espada de César.

Sin poder considerarse como un país civilizado, la Ga-



Moneda gala (1)

Moneda gala (2)

lia había salido de la barbarie; sus pueblos no eran ya hordas de cazadores corriendo á la ventura, sino sociedades sentadas en el suelo, donde los brazos y las inteligencias

(1) Cabeza laureada á la derecha; en el reverso un caballo y un martillo delante del pretal; por debajo un vaso ó una lámpara. (*Dic. arqueol.* t. II, primer legajo, n.º 286.) El reverso de las dos piezas lleva el mismo tipo, pero la cara de la una es bárbara; en la otra puede reconocerse la influencia de Marsella.

(2) Busto á la derecha; en el reverso un caballo conducido por un jabali; por debajo una flecha puesta en un arco. (*Diccion. arqueol.* t. II, primer legajo, n.º 288.)

trabajaban. Tenían una hacienda organizada, aduanas, impuestos diferentes. César opone la riqueza de la Galia á la pobreza de la Bretaña y de la Germania y sacó de ella lo bastante para comprar el pueblo romano.

En su tiempo conocían los galos el arte de explotar las minas y lo practicaban con mucha actividad. Los eduos tenían fábricas para trabajar el oro y la plata; los aquitanos para el cobre, los bituriges para el hierro. Este último pueblo hasta había de encontrar el arte de estañar, que hubo de quedar como tradicional entre ellos y sus vecinos los de la Auvernia.

Los eduos inventaron también el enchapado y el plateado, y ellos eran los que adornaban así los arreos y arneses de los caballos. El carro del rey Bituit estaba plateado y aun enchapado de plata. Los jefes llevaban cotas de mallas de hierro, reciente invención gala, y á veces corazas doradas; y nuestras colecciones contienen gran número de armas, herramientas, collares (*torques*), joyas, vasos de bronce, y objetos de esmalte, trabajados por los galos. Sabían tejer y recamar telas, y sus tintes no carecían de reputación.

También se les atribuye la invención del arado de ruedas, del rastro, de la criba de crin, y el empleo de la marga y la ceniza como abono. Componían diversas clases de bebidas fermentadas, como cerveza, hidromel, etc. De la espuma de la cerveza hicieron la levadura ó fermento para el pan; y bien que tuvieran poco vino, parece ser que fueron los primeros en fabricar los toneles, propios para conservarlo, mientras los romanos aun no habían pasado del odre y de la vasija de barro.

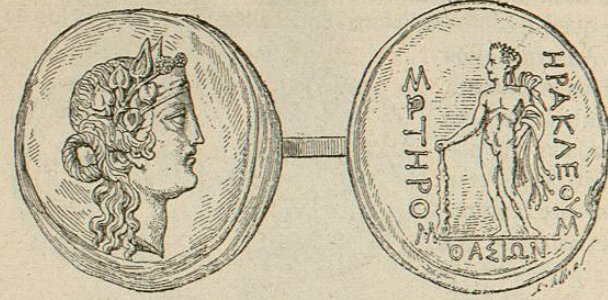
En la cría de animales domésticos eran muy celebrados: en Italia se estimaban mucho sus caballos castrados y sus bueyes, y muy más los esclavos celtas para las caballerizas y establos. Los masalotas que cultivaban muy bien la vid y el olivo, hubieron de enseñar á sus vecinos y hasta á los

(3) Cabeza laureada de Júpiter. En el reverso ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Guerrero macedón á caballo con una palma en la mano; debajo un racimo de uvas. La comparación de estas cuatro piezas muestra la diferencia de las dos civilizaciones griega y gálica, y el esfuerzo, al principio desafortunado, hecho por la una para imitar á la otra: las monedas gálicas se alejaron más y más de sus modelos. Los símbolos y los emblemas locales se multiplicaron al rededor del caballo libre y del jabali, emblemas nacionales; y se encuentran monedas que se pudieran llamar federales, en que se ven reunidos los símbolos particulares de muchos pueblos, prueba de que estas monedas circulaban entre todos los confederados. Después de la conquista de la Narbonense, se hizo sentir naturalmente la influencia romana, sobre todo en el centro y en la cuenca del Sena, donde se encuentran monedas con leyendas greco-latinas.

Hemos notado en otro lugar que los romanos tenían en sus monedas armas parlantes: los galos las tenían también. *Edh* significa trigo, los eduos ponían una espiga en sus monedas; *bleiz* quiere decir lobo, y se han encontrado monedas con una cabeza de lobo en territorio de Blois; el zorro era *luern*, y los arvernos ponían un zorro en sus monedas en tiempo de su rey Luern.

helvecios el uso de las letras griegas; los arvernos, limítrofes de la Narbonense, se servían del alfabeto latino. Tenemos muy numerosas medallas galas, y en muchas de ellas se ve un caballo sin rienda ó un jabalí, doble símbolo de la libertad y de la guerra.

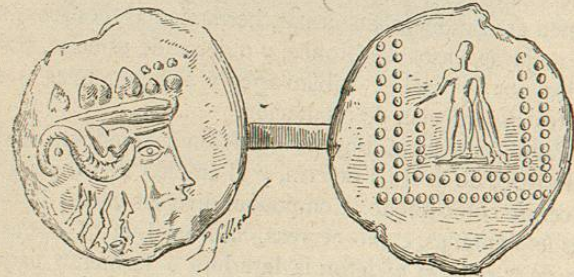
Su sistema monetario era el de los galos del Danubio, que después del pillaje de la Grecia, copiaron las magníficas estatuas de Filipo II, de Tasos, etc., aunque en sus



Tetradracma de Tasos (1)

poco hábiles manos, el tipo hubo de perder su belleza. Sin embargo, habían venido á la gran Galia bastantes monedas macedonias para que se establecieran numerosos talleres monetarios, que suministraron tipos curiosos, en que la vanidad de los jefes hizo que se reprodujera su imagen (2).

El comercio tenía una actividad que explica la riqueza de la Galia y facilitaban los puentes echados sobre los ríos, los caminos sólidamente establecidos, aun á través de los



Imitación gálica de una moneda de Tasos

pantanos, una navegación fluvial muy activa y numerosas monedas que facilitaban los cambios. El granate fino que encontraban al pie de muchas de sus montañas, era muy solicitado por los griegos desde el tiempo de Alejandro. Los secuanos expedían por el Saona y el Rin sus salazones á Marsella, que á su vez los enviaba á Italia y á Grecia, adonde sus marinos llevaban también los quesos de Cevenas y de los Alpes, los vinos de Beziers y de las costas de Duranzo, y los esclavos comprados á veces por un ánfora de vino. En aquel tiempo, con aquel inmenso consumo de esclavos que hacían las sociedades civilizadas, el hombre era el género más solicitado, género que ofrecía la seguridad de colocarse bien y pronto, y la Galia suministraba al comercio en abundancia esta mercancía.

(1) Cabeza de Baco; reverso, ΗΡΑΚΛΕΟΥΣ ΣΩΤΗΡΟΣ ΘΑΣΙΩΝ. Hércules de pie, apoyado en su maza y con la piel del león de Nemea al brazo.

(2) Sobre las numerosas minas de la Galia, véase á Desjardins. Recientemente se ha reconocido que el estaño fué antiguamente muy explotado en la Galia, y la extracción del cobre, de la plata y del oro, más activa que hoy. Teniendo los antiguos muchos esclavos, los empleaban en trabajos poco productivos, que no harían vivir á nuestros operarios libres. Además, gracias al comercio, los minerales ricos han hecho abandonar los minerales pobres. Así se explica que la Galia fuera famosa por su riqueza en metales preciosos, y no lo sea Francia.

Exportaba también recios tejidos, cacharrería negra, y tenía con la isla de Bretaña numerosas relaciones, cuyo centro era Corbilo, á la embocadura del Loira. Los venetos, alrededor de Morbihán, hasta tenían su marina que en cierto concepto era superior á la de los romanos y los griegos. El remo, máquina de los tiempos clásicos para la marina militar, fué sustituido por la vela, que permitió largos viajes, y que en nuestros días sólo el vapor tiende á reemplazar ventajosamente. Sus barcos, igualmente adecuados á la gran navegación y al cabotaje, navegaban por altamar, ó penetraban, al través de los escollos y de las barras ó bancos de arena, en el interior de los golfos y de los ríos.

A César dieron mucho qué hacer aquellos audaces marinos que iban á buscar el estaño y el cobre á la Bretaña, los grandes perros y la peletería de Irlanda y de Escocia. En muchas páginas de sus *Comentarios*, habla César de los comerciantes que recorrían la Galia y traficaban en Bretaña y hasta en la Germania. Comerciantes galos fueron los que tranquilizaron á los soldados de César respecto de los suevos y los que dieron á los bretones el primer aviso de la expedición de los romanos á su isla.

Las ciudades se multiplicaban y se rodeaban de murallas formadas con grandes capas de árboles y piedras alternadas, como ha podido verse en los restos del recinto de Mursceints. Los árboles, desbastados en forma de vigas de 40 pies de longitud, se unían y ligaban por travesaños interiores. Con esto, el fuego no prendía en las piedras, ni el ariete hacía mella en las vigas, con cuyos cabos ó extremos únicamente topaba: Julio César admira esta ingeniosa combinación.

En Peran, cerca de Saint-Brieuc, se ha encontrado algo más singular: una muralla cimentada con vidrio fundido, «un castillo de cristal», como dicen los escoceses, que tienen en su país siete ú ocho de estos recintos vitrificados. El milagro no era difícil de realizar: capas de arena y helcho y encima un buen fuego mantenido durante muchos días, daban este resultado. Algún fuego encendido en sus playas ó en sus landas hubo de revelar sin duda á los galos la fácil vitrificación de la arena. Los fenicios habían encontrado de esta manera el arte de hacer el cristal.

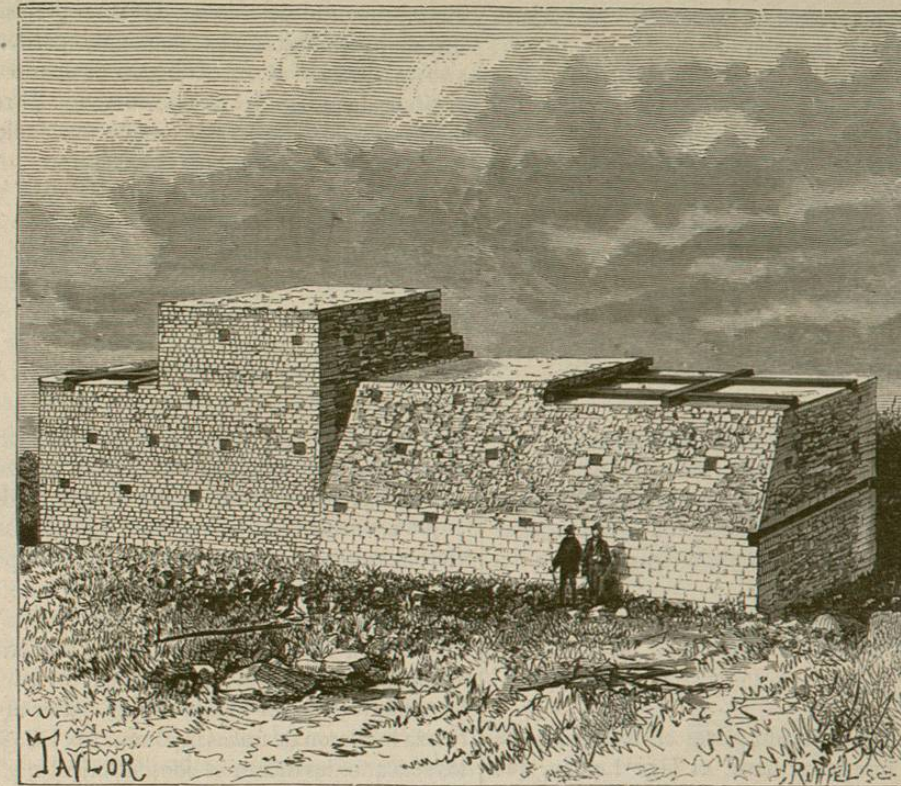
La Galia marchaba, pues, por sí misma y sola: estaba dividida, pero menos que lo habían estado Italia y Grecia y no le faltaban elementos de civilización. Suele preguntarse qué hubiera venido á ser la Galia sin la conquista romana; si la pérdida de su independencia fué ó no fué un bien: si no hubiera salido de las entrañas de la sociedad gálica, bajo la serena y pacífica influencia de Grecia y de Italia, una civilización más original y acaso mejor que la que le fué inoculada por Roma.

Sin duda es enojoso que la Galia no hubiera llegado al completo desarrollo de su vida nacional; pero era imposible que lo hubiera conseguido. Situada entre los romanos que, para cubrir la Italia, tenían necesidad de poseer sus aproches, y los germanos, que por espacio de más de veinte siglos, codiciaron la Galia, este país no podía dejar de ser más tarde ó más temprano, el campo de batalla de las dos razas enemigas. En la Galia fué donde Mario venció á los teutones; allí donde César iba á combatir á Ariovisto, y allí también donde los emperadores atajarán la invasión hasta la última hora del imperio. La guerra que va á comenzar era una de aquellas fatalidades históricas que no permiten á los ánimos levantados inútiles pesares. «Desde el origen de nuestro imperio, dice Cicerón, no hay nadie que, teniendo una idea clara de las condiciones de existencia de nuestra república, no haya pensado que los galos eran

para ella el mayor peligro (1),» y por consiguiente su sujeción una necesidad para Roma.

Sabemos que los romanos habían comenzado, sesenta años atrás, la conquista del país transalpino y que los pueblos establecidos de Ginebra á Tolosa y de Tolosa á San Bertrán de Cominges, habían reconocido la autoridad del senado. Desde sus grandes establecimientos de Narbona y de Aix, vigilaban los romanos la Galia Cabelluda. Habían humillado á la poderosa nación de los arvernos con la derrota de Bituit y concedido á los eduos su interesada protección. Así, el temor ó la confianza que Roma inspirara á estos dos pueblos, limítrofes de la Provincia, permitió á los

gobernadores hacer impunemente pesar sobre ella todas las exacciones. Cuando los alóbroges, ya agotada su paciencia, se sublevaron, después de la conjuración de Catilina, fueron derrotados sin que un solo galo sacara la espada para defenderlos (61). El estado de la Galia no era tampoco para que aquellos pueblos pudieran abandonarse á empeños belicosos. Desde la revolución que había derribado á los gobiernos aristocráticos, se venían formando dos partidos en cada ciudad, en cada villa y casi en cada familia, y las nuevas repúblicas, demasiado jóvenes para que la libertad fuera en ellas pacífica, estaban entregadas á todas las tempestades que sublevaron ambiciones rivales ó descon-



Oppidum de Mursceints. - Restauración en relieve. Museo de San Germán (2).

tentas. Hacia los tiempos del consulado de César, había recedido en una hoguera un jefe arverno por haber querido restablecer la monarquía proscrita, y por aquel entonces tres nobles de los helvecios, secuanos y eduos conspiraban para derribar el gobierno democrático.

Fuera de esto, todos aquellos pueblos eran rivales y todos los años estallaba la guerra ahora por un punto, ahora por otro. Orgullosos del vencimiento de los arvernos y muy pagados del título de aliados de Roma, los eduos habían abusado de su poder y del temor que inspiraban las legiones para oprimir á sus vecinos. Dueños del curso medio del Loira por la plaza fuerte de Nevers y del Saona por Macón y Chalón, habían prohibido á los de Auvernia la navegación por el primero de estos ríos y cargado con pesados derechos los géneros que los secuanos expedían por el otro para Marsella. Aconsejados de su enojo, se unieron estos dos pueblos, y para estar más seguros de vencer, tomaron á sueldo quinientos mil suevos bajo la conducta de su caudillo Ariovisto.

Los eduos fueron batidos y tuvieron que entregar rehenes; pero los secuanos no se gozaron por mucho tiempo en

(1) De *Provinciis consularibus*, 13.

(2) Restauración de este muro gálico, cuyos restos se descubrieron en 1868.

su triunfo. Hijo de los húmedos bosques y de la tierra inculta de Germania, Ariovisto no quiso ya abandonar el bello país, que con harta imprudencia se le había abierto, y con varios pretextos, hizo venir ocho veces más guerreros de los que había prometido, exigiendo para ellos una tercera parte del territorio secuano.

Los secuanos y los eduos, unidos para una opresión común, tuvieron que revolverse ahora contra el rey germano. Ariovisto engañó el enojo de ambos refugiándose allende los pantanos, fatigó así su paciencia y luego aprovechó una ocasión favorable para derrotarlos. Su victoria en la confluencia del Saona y el Oignón le hizo todavía más ávido y exigió ahora otra tercera parte del territorio para veinticuatro mil hombres, aliados suyos.

Contra estos dominadores del Este hubieron de implorar ayuda de los dominadores del Mediodía, y uno de los principales eduos, Divitiac, vino á Roma á reclamar la protección tantas veces prometida á sus hermanos. Un acontecimiento inesperado obligó al senado á conceder, en fin, más atención á estas quejas. Súpose allí por entonces que, fatigados los helvecios de las continuas excursiones de los suevos, querían ir á buscar á orillas del Océano un clima menos ingrato y una vida más sosegada. Pero con sus aliados de la orilla derecha del Rin, que se habían comprome-

tido á seguirlos, formaban los helvecios una masa de cerca de cuatrocientas mil almas (1), y contaban hacer su camino por la Provincia.

Había pues para Roma en este proyecto un doble peligro: abandonada la Helvecia sería ocupada por los suevos, cuya vecindad era de temer; y atravesando la Galia estos cuatrocientos mil emigrantes, habían de causar necesariamente desórdenes, cuyas consecuencias no podían preverse. Por otra parte, uno de sus caudillos, Orgetorix, esperaba recobrar á favor de estos movimientos, la autoridad real que habían ejercido sus padres. El secuano Castic y el eduo Dumnorix, iniciados en estos proyectos, debían secundarlo y recibir de él todo el apoyo necesario para operar en su país la misma revolución. Después, este bárbaro triunvirato sometería toda la Galia (2).

Los proyectos de Orgetorix fueron luego descubiertos, pero la muerte de este caudillo no desvió al pueblo del plan de emigración que había concebido.

La alarma que causó en Roma todo esto era justificada



Moneda de los alóbroges (4)

Moneda de los eduos (5)

Orgetorix (6)

Moneda de Dumnorix (7)

Moneda de los alóbroges (8)

En días de marzo del año 58, partió César para la Narbonense, una de sus tres provincias, y en ocho días llegó á Ginebra. Los helvecios, para quitar de su ánimo toda esperanza de vuelta, acababan de quemar sus doce ciudades y sus cuatrocientos villorios, y se dieron cita para el 28 del mismo marzo á orillas del Ródano.

II. — PRIMERA CAMPAÑA DE CÉSAR (58).

— VICTORIAS SOBRE LOS HELVECIOS Y SOBRE ARIOVISTO.

Descendiendo del San Gotardo, corre el Ródano entre dos cadenas de altas montañas hasta el lago Lemán, que forma el mismo río, y de donde sale, cerca de Ginebra, para ir á chocar á algunas leguas de distancia contra el Jura y una de las últimas estribaciones de los Alpes, el monte Vuache. Después de una pugna en que el río acaba por triunfar, hace brecha en la montaña y abandona la Suiza por una garganta horrenda que separa el Franco Condado de Saboya, el país de los secuano del de los alóbroges. Para penetrar en la Galia no tenían los helvecios otro camino, á no ser que se arrojaran á los desfiladeros del Jura, difícilmente practicables para una emigración de aquella especie, ó pasaran por cualquier punto el Ródano entre el Lemán y las montañas de los alóbroges.

Pero César, que estaba ya en Ginebra, había cortado el puente de esta ciudad. Vacilando los helvecios en arriarse á la garganta de la Esclusa, donde algunos hombres resueltos bastarían para detener un ejército, pidieron al

(1) Según los registros, llevados en lengua griega, que César encontró en el campamento enemigo, los emigrantes eran en número de 368,000, de los cuales los 92,000 estaban en aptitud de combatir.

(2) *Per tres potentissimos... Gallia totius sese potiri posse sperant* (César, de Bello Gallico, I, 3).

(3) César, ibid. I, 3: *in tertium annum*.

(4) Gamuza y rueda. Reverso de una moneda de los alóbroges. Las monedas de los alóbroges montañeses, tienen como esta por tipo una gamuza. Las demás que pertenecen á los alóbroges de las orillas del Lemán, tienen por tipo un hipocampo. (Nota de M. Saulcy.)

(5) Moneda de plata de los eduos: un oso.

(6) Busto de Diana con un collar de perlas y el carcaj á la espalda:

en verdad, porque se recordaba muy bien la participación que cuarenta años antes, habían tenido los helvecios en la formidable invasión de los cimbrós. Tres senadores enviados á la Galia llevaron un senadoconsulto, dando al gobernador de la Narbonense poderes ilimitados para hacer todo cuanto creyera útil á la república y para proteger á los aliados del pueblo romano. Atraídos por este decreto los eduos, se comprometieron á cerrar, con ayuda de los secuano, los pasos del monte Jura.

Los helvecios y sus aliados se habían tomado tres años de tiempo para hacer sus preparativos (3) y el tercer año de este término venía á caer bajo el proconsulado de César. A él pues iba á tocar esta guerra, en ejecución del decreto senatorial del año 61. En esta previsión y para dividir de antemano á sus enemigos, procuró ya desde el año 59, atraerse al rey Ariovisto haciendo que se le diera el título de amigo del pueblo romano. El rey bárbaro prometió, en efecto, no poner ningún obstáculo á la ejecución del plan trazado contra los helvecios.

proconsul paso por las tierras de los alóbroges. Como no tenía aun César más que una legión, aplazó al 13 de abril su contestación; era una tregua de quince días que se daba y que aprovechó muy bien, pues cuando los diputados volvieron, vieron con sorpresa que aquellos pocos días le habían bastado para fortificar todos los puntos estratégicos de la orilla izquierda del río, desde el Jura hasta la punta del Lemán, en una longitud de 27 kilómetros. Tropas procedentes de la Provincia, defendían las trincheras, y todas las tentativas de los bárbaros para pasar el Ródano á viva fuerza hubieron de fracasar. Dumnorix y Castic hicieron que los secuano les dieran su consentimiento; y sin cuidarse de la negativa de los eduos, enderezó la horda hacia el Saona, contenta ya por haber dejado á su espalda aquellos peligrosos desfiladeros.

Con una hábil operación, que no le había costado un hombre, acababa César de preservar la provincia romana de una peligrosa invasión. El peligro estaba ahora por el lado de los eduos; pero César había resuelto ya autorizarse con el senadoconsulto del 61 para salir de su provincia y socorrer á los aliados de Roma (9).

La marcha de los helvecios fué tan lenta, que tuvo tiempo suficiente para ir á Italia por cinco legiones, encontrando á su vuelta á los bárbaros ocupados aún en pasar el Saona, que los eduos no se habían atrevido á defender. Se estableció probablemente en Sathonay y esperó allí que las tres cuartas partes del ejército enemigo se hallaran á la otra orilla del río para exterminar su retaguardia, que per-

la palabra EDVIS recuerda la alianza entre los eduos y los helvecios, atestiguada por César. Por el reverso un oso, que Berna ha conservado en sus armas. Denario de plata.

(7) Dumnorix ó Dubnorix. Cabeza con grandes bucles de cabellos y el torques; en el reverso un caballo al galope (Saulcy, Numism. 9).

(8) Hipocampo. Reverso de una moneda de plata de los alóbroges del lago Lemán.

(9) César se autorizó con este decreto senatorial para toda la guerra de las Galias, y así dando á todos sus actos carácter de legalidad sin necesitar más autorizaciones del senado ni del pueblo, pudo levantar nuevas legiones y añadir una guerra á otra hasta que estuvo conquistada toda la Galia (César, de Bello Gallico, I, 35).

manecía en la margen oriental, á la altura de Macón (junio); después, lanzando en un día todo su ejército á la ribera opuesta, se encontró en presencia de toda la horda, que remontó hacia el Norte.

Por espacio de quince días la siguió de cerca sin encontrar ocasión de empeñar el combate, hasta que, faltándole los viveres por la traición de Dumnorix, resolvió ir á proveerse á la capital misma de los eduos (Bibracte, en el monte Beuvray, á 13 kilómetros de Autun). Creyeron los helvecios que huía y se arrojaron sobre su retaguardia; pero encontraron todo el ejército romano en orden de batalla en la falda de una colina, de donde partió una lluvia de flechas, que introdujo en sus filas el desorden. Las legiones entonces descendieron para acometer con la espada, y se empeñó un violento combate, que duró hasta media noche con inmensa pérdida por parte de los helvecios. Desde el principio de la batalla había dejado César su caballo en señal de que quería participar de todos los peligros y fatigas del soldado (fines de junio ó principios de julio).

El resto de la horda precipitó su marcha, camino del Norte, siempre para ganar el Rin y la Germania. Pero alcanzados muy luego por los romanos, rindieron las armas, y por orden del procónsul, los ciento diez mil hombres sobrevivientes de aquella emigración desastrosa, volvieron á sus montañas, que César no quería dejar que ocuparan los germanos. Los alóbroges recibieron orden de suministrar trigo á los restos de aquel malhadado pueblo hasta que hubieran sembrado sus tierras.

Un pueblo aliado de los helvecios, los boyos, quedó con permiso de César entre los eduos, que lo establecieron en su frontera del S. O. (el *Beaujolais*) para que la defendieran contra los arvernos. Erán los descendientes de aquel pueblo valeroso, que había abandonado á Italia por no vivir sujeto á Roma. Amenazados á orillas del Danubio por los getas, hubieron de asociarse á la fortuna de los helvecios, y después de más de cinco siglos, volvían á su primera patria, sometiéndose, en fin, al yugo de que con tanto odio y valor habían huído.

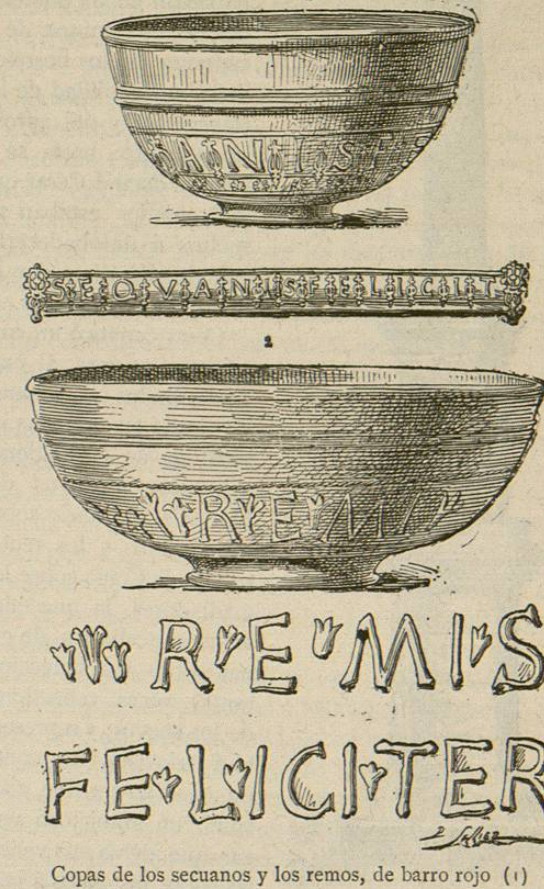
La Galia estaba entonces entre dos invasiones: la de los suevos, fuerza desordenada y salvaje, y la de los romanos, poder admirablemente organizado, formidables los dos para un pueblo que no sabía poner en común sus intereses y sus energías. Los suevos espantaban con su barbarie. «Todos los años, dice César, van sus guerreros á buscar combates y botín. No permanecen más de un año en un mismo paraje, ni viven más que de leche, de caza y poco trigo; se visten con pieles de animales, dejando siempre descubierta la mayor parte del cuerpo. No quieren géneros ni aun vino de procedencia extranjera, y gustan de rodearse de vastas soledades. Las tierras despobladas les parecen un título de gloria para la nación que ha hecho tales estragos; es una prueba de que muchos pueblos no han podido resistir á sus armas. Dicen que á espaldas suyas han hecho un desierto en un espacio de seiscientos mil pasos.»

No hay pues qué extrañar que, no habiendo podido cerrar sus puertas á tales huéspedes, se diera prisa la Galia en desembarazarse de ellos por mano de Roma.

Terminada la guerra de los helvecios, se encontró César enfrente de Ariovisto. No se tuvo en cuidado desechar los ruegos de los galos, cuando los diputados de las principales ciudades reunidos en asamblea general, *concilium totius Gallia*, fueron á implorar su ayuda contra el rey germano, porque aquellos bárbaros eran mucho más molestos para la provincia romana que los helvecios lo habían sido. Anibal había impuesto á Roma la obligación de someter á España, de donde había partido el gran golpe

de la segunda guerra púnica; la conquista de este país había obligado al senado á asegurar un camino entre los Alpes y los Pirineos, y la seguridad de la provincia formada á lo largo de esta vía militar exigía que el *statu quo* territorial, creado en Galia por las victorias de Fabio y de Domicio, no se cambiara. Tal es el encadenamiento de las necesidades históricas cuya última y gloriosa consecuencia fué la guerra de las Galias.

El procónsul hizo proponer una conferencia á Ariovisto, el cual contestó altivamente: «Si yo necesitara á César, hubiera ido á buscarlo; César me necesita á mí, que venga pues á buscarme.» Habiendo replicado el procónsul con amenazas: «Nadie, dijo el bárbaro, nadie ha chocado conmigo, que no se haya arrepentido. Cuando César quiera,



mediremos nuestras fuerzas, y aprenderá á su costa lo que son los germanos, guerreros que hace catorce años no duermen bajo techado.»

Al mismo tiempo anunciaban los eduos que los harudes habían invadido sus tierras, y los treviro, que nuevas tropas suministradas por los cien cantones de los suevos se aproximaban al Rin. Toda la Germania estaba en movimiento: no había que perder tiempo para rechazar esta invasión, de que Ariovisto no era más que la vanguardia.

César se dirigió contra él á marchas forzadas hacia la importante plaza de *Vesontio* (Besançon) que el rey bárbaro quería tomar y adonde se le anticipó el procónsul llegando á primeros de agosto. La descripción que de ella hace prueba la exactitud de los datos que nos suministra, porque esta descripción puede servir hoy día:

«Está la ciudad tan bien defendida por la naturaleza, dice, que ofrece todas las facilidades para la guerra. El

(1) La copa de los secuano se encontró en Ginebra en 1862. Damos al mismo tiempo la de los remos que se le parece mucho y el desarrollo de las dos inscripciones: *Sequanis Felicitas; Remis Felicitas*.